33 estaciones

Registro de la Propiedad Intelectual

Núm. M-007940/2018

Prólogo

**El contenido de este libro está dividido en secuencias, agrupadas en días, en las que se alternan tres voces en el siguiente orden: la de un narrador omnisciente de una novela negra breve; la de un veterano de los años sesenta que ha decidido vivir en el recuerdo; y, por último, la de una profesora que acaba de cumplir sesenta años. Cada una de las voces se manifiesta en diferente fuente, tamaño de letra y párrafo.**

**Por consiguiente, puede ser leído de varias maneras:**

1. **Tal como aparece en el libro, todo seguido.**
2. **La novela negra en primer lugar, sin atender a la escritura de los otros dos personajes. Quizá esta lectura sea la más apropiada para los aficionados al género negro.**
3. **A su vez, el texto escrito por estos personajes puede ser leído junto o por separado.**

**Es decir, nada que no conozca el lector, nihil novum sub sole, quien, por supuesto, podrá hacer lo que le plazca.**

**El hipotético lector que pretendiere encontrar un argumento o un sentido a este libro será excomulgado y conducido en caballería sin arnés por alguaciles de justicia, tocado con capirote, hasta los jueces oidores que en público auto de fe decidirán su castigo, que habrá de ser el tormento o la hoguera. Será agravante haber indagado el género literario al que pudiere pertenecer.**

**Por orden del autor**

**Eufrasio de Madrid**

Jueves, 12 de enero

Cuando uno está a punto de morir de manera violenta o imprevista algunos, sugestionados por el cine, estamos convencidos de que tiene a su disposición unos últimos instantes para que pase por su mente una sucesión vertiginosa de las imágenes en las que nuestra percepción pudo haberse detenido a lo largo de nuestra vida.

Debe ser por instinto que nuestro cuerpo reúne todas sus fuerzas para recuperar en el cerebro la totalidad de recuerdos importantes que pretendíamos haber olvidado. Cuando todo está a punto de acabar quizá entendamos que habíamos urdido un pasado sedante y que, como bajo hipnosis, habíamos arrinconado demasiadas decisiones cobardes, desatinadas o incomprensibles, y que nuestra existencia había consistido tal vez en una actuación o un sueño confusos. Este descubrimiento debe ser una venganza del tiempo, ese canalla sin clase, por haber utilizado una ínfima parte de él a nuestro antojo. Es posible que en ese frágil segundo llegue uno a conocer si ha sido una persona indecente, un lameculos cobarde o ha vivido con una mínima dignidad.

**El metro**, qué sería de nosotros sin él, es el tren de los pobres y circula por el reino de la escasez, subterráneo y oculto, para que ellos no lo vean.

En el metro todo está simplificado respecto al tren. El metro es seguro, nos da confianza a los de abajo, incluso más que el tren.

En el metro no se viaja. No acierto cuando hablo de viajeros, porque viajar es un intento más de encontrar la felicidad. En todo caso sería un viaje absurdo, como el de las drogas.

El metro es una parte de la ciudad, es un lugar de paso que constituye un ideal: aparece y te montas. El metro sólo es el metro en las horas punta.

El metro no es como el tren: es anómalo y paradójico; requiere una mayor aportación personal de los que se desplazan en él para alcanzar su ambiente habitual; es más desenfrenado y revuelto; desprende prisa, suciedad, urgencia, apuro y sueño. Nada en él permanece inmóvil. Es una fiesta dionisíaca en el centro de la prisa.

Un mundo con pocos niños, sin políticos, sin millonarios, sin obispos, sin generales, sin banqueros. Si alguno de estos viajara en metro, lo haría camuflado y disfrazado con barba oscura como Rasputín. No bajan hasta aquí los señores del Cielo y de la Tierra. Los demás somos controlados por cámaras y agentes de seguridad.

Es uno más de los suburbios de la ciudad. La misma gente derrotada e indignada de los barrios laboriosos es la que se desplaza en metro.

La sensación del tiempo es aquí diferente, no se cuenta en minutos y horas, se cuenta en estaciones y un trayecto no suele llegar a media hora, excepto los míos, de punta a punta, porque es mi segunda residencia.

El ecosistema del metro está tan asentado que puede afirmarse que los individuos que no se integran en él suelen ser casi siempre los que pertenecen al otro linaje, el corruptible.

Este es un buen sitio para aguardar, para observar, para vivir, para recordar. El aire ha sido respirado aquí muchas veces.

Hasta ahora se me permite viajar en este medio de transporte. El usuario vocacional del metro que soy pretende que el tiempo transcurra para él con lentitud, tic tac, tic tac, con la demora necesaria para la observación de la naturaleza de los rostros, de las sonrisas, de las vestimentas, de los libros que leen las mujeres, de los hechos que tienen lugar en el metro.

En este dédalo de estaciones y túneles convive un submundo de seres extrañados y arrojados del paraíso burgués. Y se nos han impuesto algunas penalidades: no hay agua y no disponemos de lavabos. Es un mundo seco en el que casi siempre sobrellevo una ligera hambre de hidalgo.

Los que utilizamos la línea 1, la más antigua, plebeya y menestral, no somos de fiar, por eso nos aíslan en vagones separados.

El placer de iniciar la marcha, cuando el aire se colma de chirridos y un estruendo de metales y un traqueteo se imponen al resto de los ruidos, es anuncio de un destino cierto del que no cabe dudar.

Después, el misterio del túnel, el túnel neandertal. El mar y los túneles son fecundísimos en monstruos. Los monstruos y las sombras están muy unidos.

Los túneles oscuros conducen hacia la muerte. Todo el mundo lo sabe. Animales de tiempos geológicos y millones de ratas se ocultan en lo más recóndito de los túneles. Las ratas celebran fiestas mientras los ojos de la misteriosa bestia del túnel centellean si te acostumbras a la oscuridad. Un viento templado facilita la vida de estos seres magníficos.

A estos túneles del metro se los comerá la maleza. La ciudad de arriba desaparecerá.

Desde el cuarto vagón de un convoy de la línea 1 manifiesto mi actitud ante la vida: no tener miedo, disfrutar del ocio, del amor, de la comida y la conversación; tratar de contemplar la desnudez, la arquitectura, las calles, verlo todo como si fuera nuevo y comprender la esencia de algunas cosas y personas para poder admirarlas, para poder contarlas. Casi todo esto se puede practicar en el metro.

Con esta etiqueta que pego a la parte trasera de la funda queda inaugurada esta tablet que me han regalado mis compañeros de departamento con el motivo lamentable de haber cumplido sesenta años. El que me lo entregó, malicioso, me dijo que no quieren que me convierta en una sexagenaria que no se entera de nada, como cierta política madrileña a la que el diablo confundirá. Además, el regalo tiene que ser usado en el metro, donde saben que paso bastante tiempo, para preparar las clases y escribir un dietario teatralizado (tengo que averiguar qué carajo es eso) y así prescindir de mis fichas antediluvianas. Ahora escribo mi nombre, Lucrecia Santini, en la etiqueta con rotulador, lo que se supone que será mi último acto de escritura a mano, como la mayoría de los millenials, los hipsters y los estudiantes de primaria. Uno de mis compañeros, el menos limitado, en un aparte me dijo que esto me obliga a mantenerme al día, al menos en tecnología, aunque no joven. Y ahora elijo el tipo de letra: Segoe Print 11. Vivan las cadenas y Viva España.

Auxiliadora Pastor, alias Velma, inspectora de policía, debería estar ya jubilada por edad, pero se había reenganchado por no desperdiciar una antigua cooperación con algunos sujetos insignificantes -marginados les llaman- de esos que están al tanto de todo. Cualquier infracción, fechoría, o suceso violento que sucedía en el frágil ecosistema que era la zona centro de Madrid era conocido de inmediato por alguno de ellos, cuando no eran los propios actores. En este caladero de hábiles carteristas y pícaros cortesanos algunos solían acarrear navaja de labor e, incluso, arma de fuego. A estos últimos, cuando podía, los enviaba al juez para que los entrullase. En realidad, sabía que no podría combatir el aburrimiento y tampoco leer más de lo que ya leía. La autoridad que daba una placa casi nunca le fue imprescindible porque era respetada por casi todos, pero jubilada no podría parir a medias, como se decía por estos andurriales. Sus chotas, o confidentes, repudiados por la parte más rigurosa de la sociedad, eran su única parentela. Además, prefería pegar la hebra con esta camarilla a chismorrear con las comadres de su edad. Adscrita ahora a una comisaría del centro de Madrid, procedía de la Policía Judicial, del Grupo de Desaparecidos, donde ejerció muchos años y aprendió a buscar personas. Había adquirido una mezcla de paciencia y tenacidad muy útiles para su cometido actual. Dejó el grupo por la dificultad creciente de encontrar desaparecidos. Cuando los auténticos poderosos y los políticos que hacen el trabajo sucio habían tejido sus redes de indecencia era muy difícil localizar a alguien de las listas de eliminados, huidos, tachados, inutilizados o caducados. Por eso prefirió una comisaría de distrito cerca de su barrio céntrico. Los fiambres facilitan muchos datos y es fácil hallar a los asesinos si alguien de arriba no se interpone.

**Si quieres guardar un secreto, escríbelo** en forma de ficción, como si alguien lo fuera a leer.

Estas son algunas de mis manías ocultas: la memoria, el amor y la muerte, la vejez, la escritura, el cáncer, las razones para seguir viviendo… nada del otro jueves.

Tienen que ver con nuestra única posesión, que es el tiempo, algo de tiempo, eso que llamamos vida.

Para el tiempo, ese absurdo enemigo inventado por los humanos, todas las personas son una o ninguna. Todo es uno y uno es nada. La eternidad ignora a los individuos, a los otros que nosotros somos. El tiempo es un tigre que tenemos al lado y nosotros somos el ciego que sólo percibe una imagen imprecisa y rayada en movimiento parsimonioso. Sólo el recuerdo aplaza el olvido, le da esquinazo, y puede preservar la existencia de alguien, dar fe de una vida. Y, además, el recuerdo, una variante del tiempo, siempre encierra una belleza joven y prodigiosa.

No tienes nada que decir, nada que defender, sueña que no estás aquí, que ya te has ido, que todo ha terminado.

Escribir unas memorias es labor de un inminente difunto. No es eso lo que pretendo, sino vivir la memoria, recordar.

A mí hablar es lo que más me gusta en la vida, pero tengo bastantes dificultades para encontrar a alguien con quien me sienta cómoda rajando por los codos de cotilleos, de trapitos, de bolsos y otras banalidades, pero no de intimidades de famosos. Me gustan las conversaciones poco serias, para dejar de lado el drama.

Y sobre todo hablar de zapatos, repasar los zapatos que han marcado nuestra vida, la belleza de los zapatos. Botas negras cómodas en invierno –el tipo que tengo enfrente calza botas Chelsea de los sesenta-; los primeros tacones de aguja; ballerinas o zapatillas de ballet, que combinan con casi todo, para llevar en el bolso y sustituir a otros zapatos incómodos; sandalias hechas a mano para el verano; zapatillas de lona para caminar combinándolas con unos jeans; botines grises para el otoño; tacones sexys de ‘femme fatal’; los sofisticados ‘peep-toes’, esos que tienen una pequeña abertura en la punta, que son perfectos para ir elegante en primavera y parecen alargar la pierna; alpargatas anudadas al tobillo; cómodos zapatos con cuña, semicuña o tacón cubano; y muchos más. Adoro los zapatos, sobre todo los de diseño moderno, es decir, los más caros.

No me tomen por una pija cretina, sólo pretendo disfrutar del buen gusto. Reconozco que la moda produce cosas bellas que, con el tiempo, se vuelven feas.

Hasta puedo darles un consejo para invertir en guardarropa: compren los mejores tejidos que puedan permitirse, pero adquieran zapatos que no puedan costearse.

Incluso otro más: finja que todo le da igual; aparente naturalidad aunque haya tardado dos horas en elegir qué ponerse.

Viernes, 13 de enero

A las dos y diez de la madrugada de un jueves gélido a un viernes que prometía ser peor, según los pronósticos, Velma Pastor estaba terminando de redactar un informe a mano de sus correrías de la jornada, porque en el ordenador antediluviano de su mesa en la comisaría oía voces que salían de los dos pequeños altavoces, voces que parecían proceder del más allá. Siempre optaba por apagar el interruptor para dejar de oírlas, lagarto, lagarto.

Mientras repetía ahora esta maniobra en el ordenador advertía con deleite el silencio de la noche y con disgusto el sabor infame de un café en vaso de plástico.

En ese momento de éxtasis cafetero unos ruidos que procedían del fondo del pasillo la pusieron en estado de alerta. Olfateó algún servicio de los que no pueden demorarse.

El comisario Godzilla se aproximaba por el pasillo con zancadas de dinosaurio:

-¿Dónde está Manolo?

-Se marchó a su casa hace tiempo- contestó Velma sin levantar la mirada del papel reciclado-. Estas no son horas.

-Pues vas a tener que ir tú.

-Compañero comisario, ¿no ha visto la hora que es? Llevo diecisiete horas seguidas trabajando para la seguridad del país y…

-Déjalo, Velma, pero es que hace unos minutos se han cargado a un burlanga en la timba de la trastienda del bar *La Ponderosa*, aquí al lado.

-Seguro que los demás puntos seguirán dándole al chiribito.

-Seguro, se puede detener cualquier cosa pero nunca el juego. Acércate hasta allí, por favor. En quince minutos te envío un Citroën C4 Picasso con dos agentes, una ambulancia con sirena para despertar al vecindario y trato de convencer al juez de guardia para que se acerque a autorizar el levantamiento del fiambre.

-Si bwana, a sus órdenes.

-Y mañana, es decir, hoy, no vengas a currar. Date un buen paseo por los madriles.

También **pienso en la nostalgia**, aunque no la entiendo diferente del recuerdo, porque es tan enorme como persistente.

Si la más distintiva ocupación del ser humano es pensar, sin duda el recuerdo ha de ser una parte de ella. Ahora estoy pensando el pensar y me confunden sus engranajes.

Me molesta la palabrería insulsa de estos tiempos. Todo es hablar y hablar para nada. Malvivimos enredados en muy pocas palabras que, además, no son usadas con su correcto significado. Hemos olvidado palabras como “hambre”, “desamparo”, “abandono”, “bostezo”, “compañero” y “sinceridad”. El poder de las palabras falsas nos conduce a la nada. Vamos tirando sin ningún plan en la vida y marchamos hacia el olvido más solos que nunca.

Del tiempo presente sólo me ocupo de las cosas que están fuera de eso que los “otros” llaman verdad, lo que me impide incorporarme a la sociedad bienoliente y bienmandada como ciudadano convencional. Trump y los políticos españoles no son importantes. Las verdades absolutas están doblegando a una gran parte de la población de todo el mundo legitimando su necedad. Un bravucón inconformista tan poco ejemplar como yo no debería ser admitido en el seno de esa sociedad.

Después de muchos años he vuelto a recordar y a instalarme interinamente en la época más importante de mi vida. No me quedé en los sesenta para siempre. Sencillamente quiero repasar algunas conmociones de juventud y recordar mi música y a algunas personas, especialmente las que me trataron con afecto. No hacerlo supondría seguir sintiéndome como si me hubiera vuelto loco.

Y voy a tomar nota de mis recuerdos para que todas estas palabras no desaparezcan conmigo. Todo lo que tenga intención de durar tiene que transformarse en libro, como *El Quijote*, *El rey Lear*, el *Corán* y la *Biblia*.

El gusto, bueno o malo, es siempre lo mismo: una costumbre, la repetición de algo ya aceptado. Si alguna cosa vuelve a comenzar de nuevo termina por convertirse en gusto. Marginar toda convención de las establecidas por la moda, en un sentido u otro, es la única manera de escapar del gusto. Sucede lo mismo con la pintura, la fotografía y cualquier otro tipo de arte. Es posible la existencia de personas muy elegantes que carecen casi por completo de gusto. Estoy viendo al otro lado del vagón a una mujer bastante mayor que tiene lo que mi madre solía llamar porte. Es algo natural, nunca adquirido y, probablemente, nunca razonado.

Debo confesar que soy aficionada a la fotografía. Mo me enseñó a hacer encuadres con las manos, a mirar las cosas como a través de la lente de una cámara. Eso cambió mi manera de ver el mundo.

¿Por qué tuviste que morirte, Mo? No sé qué hacer para seguir en esta vida. Aunque eso ya lo sabes tú.

Apenas diez minutos después la inspectora Pastor estaba ante la pequeña puerta de *La Ponderosa*, cafetería-bar, de la que todavía nadie había retirado el cartelón, cubierto de escarcha, con el menú del día. Colgaba de su hombro un bolso pequeño en el que, además de la pistola reglamentaria (una H&K USP Compact 9 mm. Parabellum, con cargador de 13 cartuchos en el que ella sólo colocaba 12 balas por la cosa del fario), cabía todo lo necesario para subsistir toda una jornada sin pasar por casa. No había sentido necesidad, cuando salió de mañana de su vivienda, de hacerse acompañar por la mochila, ella lo llamaba zurrón, de las grandes ocasiones.

Es agradable mecerse en el suave oleaje de **la memoria** mientras me dejo arrastrar por una corriente tibia… El calorcillo del metro ayuda. A veces, pocas, me siento fuera de lugar y lo cierto es que no tengo nada mejor en qué pensar que en guarecerme en el burladero de la nostalgia y en urdir sin convicción escritos lejanos, sin esperanza en ambos casos.

El pasado no está muerto y ni siquiera es pasado. Sería terrible no poder revivirlo, no poder volver a sentir, a pensar, a recordar. Además, el recuerdo es siempre sincero, nunca entramos en conflicto con él. Después de una prolongada juventud de más de cincuenta años, he llegado a la inmadurez completa y ahora pretendo contar las cosas como si estuviera muerto, aunque quizá las cosas se cuenten solas y lo hagan mejor que yo. Mientras está uno garabateando su libreta con un bolígrafo del que ha perdido el capuchón, con la cabeza gacha y fuera de escena, olvida toda esa mierda de allá arriba. Las meditaciones de un galápago a punto de devolver el cucharón.

La basura, envases y otros desechos, rebosa por la abertura de la papelera. He visto durante semanas, desde principios del otoño, a este hombre, de más de setenta años, descender las escaleras de la estación de metro de Valdecarros, recoger el diario que alguien debe dejar siempre en la misma papelera, a la misma hora que yo y completar el mismo recorrido, hasta Plaza de Castilla, donde desciendo para ser recogida, a las ocho y media en punto, por un indulgente compañero de trabajo que gentilmente me traslada en su vehículo hasta Cantoblanco sobrellevando con paciencia mi exuberante y confusa charla matinal. Afirma, con buenas maneras, que no puede entender cómo puedo hablar tanto y tan seguido a esas horas de la amanecida. El hombre continúa en el metro, supongo que hasta el final de la línea, como viaje iniciático o como huida de alguna fiera. Quiero creer que huye de Hacienda o porque ha asesinado a algún banquero. Soy una romántica. Va sentado como en su despacho.